

# **EDUCAR EN LA AFECTIVIDAD**

EUGENIO GONZÁLEZ

Facultad de Educación,

Universidad Complutense.- Madrid

## **EDUCAR EN LA AFECTIVIDAD**

- 1) Introducción
- 2) La educación afectiva
3. Factores influyentes
  - a) Familia
  - b) Escuela
  - c) Sociedad
4. Deprivación afectiva
  - a) Causas
  - b) Consecuencias
- 5 Bibliografía

### **1. INTRODUCCIÓN**

El niño necesita experimentar el afecto de sus padres, es el modo de adquirir su autoestima y la seguridad necesaria que le permita alcanzar su autonomía personal. Dar al niño el afecto que necesita no significa ser excesivamente tolerante con él ni sobreprotegerle. El niño puede sentirse querido a pesar de que se le reprenda cuando es necesario, si nota que esto se hace con cariño y rigidez a la vez. Es importante premiar los logros, esfuerzos y conductas correctas que el niño va realizando, reforzando de este modo conductas que se van a mantener a la larga y sancionar aquellas que pueden ser nocivas para su desarrollo psicológico y social.

Los adolescentes siguen necesitando el afecto y cariño de los padres tanto o más que en la infancia, aunque se muestren huraños y esquivos y rechacen la actitud paternalista o maternal, la opinión de los padres sobre su futuro sigue siendo muy importante para ellos, frente a la opinión de los compañeros y amigos, que influyen en las decisiones cotidianas.

Los padres no se deben dejar vencer por la moda, que con el pretexto de que casi todos hacen o dejan de hacer esto o aquello, intenta imponer unos usos y unas formas de vida que en ocasiones repugnan a la dignidad humana porque solo ofrecen un placer o una gratificación tan perjudicial como pasajera.

Los padres, en todo tiempo y lugar, durante la infancia, adolescencia y juventud, de forma voluntaria o involuntaria influyen sobre sus hijos, son sus modelos. En el ejercicio de modelaje los padres deben ir muchas veces contracorriente, no deben dejarse arrastrar por tal o cual tendencia «de última moda», deben enseñar a sus hijos a saber decir NO en muchas ocasiones, a saber renunciar no sólo a un placer ilícito, sino al lícito a corto plazo pero perjudicial en

un futuro próximo; deben saber discriminar entre lo permitido y lo que es más conveniente en cada momento... y esto exige esfuerzo. Lo cómodo, lo que no exige sacrificio, es decir a sus hijos siempre SI: sí a sus deseos, sí a ceder en todo, aunque sepamos que es negativo para ellos, desde el punto de vista moral o psíquico o social.

De poco sirve a un niño o a un adolescente que sus padres les digan lo que deben hacer si ellos con su modo de vida contradicen lo que les han indicado teóricamente. Los padres debemos ser un modelo coherente de conducta para nuestros hijos. Modelo que con frecuencia no es fácil de llevar a la práctica y mantener.

Con frecuencia se oyen voces que advierten de lo difícil que es hoy ser padres, educar a los hijos... No vamos a intentar acallarlas, ya que en alguna medida tienen cierta dosis de verdad, pero como padres y educadores debemos hacer oír también nuestras voces para decir que educar es una tarea muy hermosa y muy digna. A la vez, la misión de preparar a los niños para que tengan una personalidad madura y plenamente desarrollada, para que se integren de forma crítica, responsable y participativa en la sociedad de su tiempo, constituye una de las actividades más válidas e interesantes que se pueden realizar.

La educación en la afectividad se realiza con ayuda de los agentes sociales: madre, padre, hermanos, otros familiares, compañeros, amigos, maestros, otros adultos, algunas instituciones, medios de comunicación (TV. cine, prensa...) libros, juguetes, folklore, etc.

Educación en la afectividad no es un tema menor, en la afectividad serena y equilibrada, por la gran repercusión que tiene el desarrollo del vínculo afectivo en el desarrollo humano, intelectual, académico, social...y religioso. La educación afectiva no consiste en ceder en todo sin poner límites a los caprichos superfluos e injustificados de los niños-adolescentes ni ser "duros". Tan negativo es que los padres sean autoritarios-impositivos como paternalistas-indulgentes. Educar, además de ser una misión hermosa, no es fácil y mucho menos cómoda, pues educar es amar y vaciarse día a día por el bien de la persona amada, en este caso el niño y el adolescente, y esto exige esfuerzo y renunciar a muchas cosas.

## 2. LA EDUCACIÓN AFECTIVA

Educación a los niños ha sido una de las preocupaciones más constantes a lo largo de la historia de la Humanidad, la formación integral del individuo era y es el objetivo principal de cualquier proceso de aprendizaje. Al logro de dicha formación contribuye, de un modo especial la afectividad estable, serena y equilibrada, mediante la cual el sujeto establece relaciones con su entorno, primero con sus padres, y después las amplía el resto de la sociedad.

El equilibrio afectivo-emocional, entre otros muchos beneficios, permite al niño alcanzar una personalidad madura. Este proceso evolutivo debe integrar y armonizar diversos aspectos, entre los que podemos citar: Rasgos Constitucionales (Sistema nervioso central, Sistema nervioso autónomo, Sistema glandular, Constitución física, Capacidad intelectual etc.); Desarrollo psicomotor, que ayudan al niño a ampliar su entorno físico iniciando así una etapa de exploración e independencia que le permita moverse y relacionarse con los objetos libremente; Desarrollo intelectual mediante el cual interioriza, comprende e interpreta la estimulación externa, iniciando la formación de sus estructuras cognitivas; Desarrollo afectivo-social que permite establecer relaciones con los demás ampliando y enriqueciendo su proceso de socialización. Y por último, las experiencias transmitidas por los agentes sociales (familia, escuela, sociedad) contribuirán a que el sujeto alcance dicha maduración.

La práctica educativa apenas ha valorado la importancia que tiene la afectividad en el desarrollo y adquisición de una personalidad equilibrada y estable, por el poco valor que hasta

ahora, se le ha atribuido para el éxito académico. Sin embargo, si tenemos en cuenta que la educación debe orientarse al pleno desarrollo de la personalidad de los alumnos, el desarrollo cognitivo debe complementarse con el desarrollo emocional. La educación emocional debe dejarse sentir en las relaciones interpersonales, “en el clima de aula” y en el trabajo académico. Desde esta perspectiva amplia, la educación emocional es una forma de prevención de actos violentos, estados depresivos, consumo de drogas, etc. No debemos olvidar que los estudios realizados sobre la violencia escolar ponen de manifiesto que los jóvenes transgresores presentan carencias en habilidades emocionales, como el control de los impulsos o la capacidad para ponerse en lugar del otro (Criado del Pozo y González-Pérez, 2002).

La afectividad, en este momento, es un tema recuperado por la Psicología Cognitiva. La emoción constituye en la actualidad un capítulo muy importante de la Psicología Evolutiva y de la Psicología de la Educación. A través de las emociones el sujeto expresa gran parte de su vida afectiva (alegría, tristeza, ira, celos, miedo...), sin la emoción seríamos máquinas y por tanto insensibles. Aunque durante mucho tiempo las emociones-sentimientos debían ser disimuladas, hoy en día forman parte de la motivación, y en ciertos momentos pueden ser definitorias de nuestra conducta, transmitiendo sin palabras nuestro estado de ánimo.

La moderna investigación atribuye un papel importante a habilidades tales como: el control de las emociones, saber ponerse en lugar de los demás o el fomento de una actitud positiva ante el mundo y las cosas, para prevenir las conductas violentas y los conflictos interpersonales. Estas habilidades, que tienen que ver con lo que -se denomina inteligencia emocional-, tradicionalmente han sido olvidadas tanto por la educación formal (la realizada en la escuela), como por la educación informal (socialización y educación medio ambiental). La educación, principalmente la escolar, se había centrado en el desarrollo de las capacidades cognitivas y había descuidado la educación afectivo-emocional.

La afectividad, emociones, sentimientos y pasiones, desempeña un papel importante en nuestras vidas. Están arraigadas biológicamente en nuestra naturaleza y forman parte de nosotros, lo queramos o no. Con la **ira** expresamos malestar y puede servir para defendernos de una situación de peligro; la **ansiedad** nos permite estar en estado de alerta ante situaciones difíciles; la **tristeza** es una forma de expresar el dolor que llevamos dentro o nos lleva a pedir ayuda; con las **rabietas**, manifestamos insatisfacción y frustración, etc. Las emociones, sentimientos, etc. son necesarios; ahora bien, las emociones, pasiones... pueden dispararse en momentos determinados sino se ejerce el debido control sobre ellas, pueden salir de nuestro control y esto puede llegar a afectar a nuestro bienestar psicológico o repercutir en los demás, de ahí la necesidad de una adecuada educación afectiva.

**La educación en la afectiva se realiza por “contagio social”**. No es necesaria una programación para educar afectivamente, se realiza de forma espontánea y natural mediante la educación familiar, escolar y mediante el proceso de socialización y culturización ambiental. Dicho esto hay que matizar esta frase afirmando que el desarrollo emocional del niño es un tema complejo, difícil de delimitar, por las múltiples conexiones que la esfera afectiva tiene con los restantes procesos físicos y psíquicos del niño. Las emociones desempeñan un papel de máxima importancia en la vida del niño. Añaden placer a sus experiencias cotidianas, sirven de motivación para la acción. Las respuestas afectivas se vinculan con todas las situaciones y relaciones humanas: con los padres, con el entorno, con el grupo de iguales, en el trabajo o aula, en la actividad sexual, social y moral, en los procesos cognitivos, etc. Condicionan todos los ámbitos de la vida de la persona.

Las emociones están presentes y nos acompañan en toda nuestra vida. De hecho puede decirse que vivimos emocionalmente (Darder, 2001). Estamos tristes o nos sentimos felices en función de las actividades que realizamos. Así, nos relacionamos más con las personas con las que nos sentimos más a gusto. Nos cuesta trabajar en aquello que no nos motiva y nos entusiasmos cuando algo nos resulta gratificante.

Por todo lo que antecede hay que decir con claridad que la educación afectivo-emocional *es un proceso educativo continuo y permanente que pretende potenciar el desarrollo emocional como complemento del desarrollo cognitivo, para posibilitar el desarrollo de la personalidad integral*. La educación emocional es una forma de prevención, cuando todavía no se ha producido la disfunción. Por extensión, implica fomentar actitudes positivas ante la vida, habilidades sociales, empatía, etc., como factores de desarrollo de bienestar personal y social.

El concepto de Afectividad, en sentido estricto, es la respuesta emocional y sentimental de una persona otra persona, a un estímulo o a una situación. En sentido amplio, en el término de afectividad se suele incluir tanto las emociones y los sentimientos como las pasiones. **Las emociones**, son estados afectivos que sobrevienen súbita y bruscamente en forma de crisis más o menos violentas y más o menos pasajeras (estado afectivo agudo, de corta duración y acompañado de mayor o menor repercusión orgánica). **Los sentimientos**, son estados afectivos complejos, estables, más duraderos que las emociones pero menos intensos (respuesta duradera y persistente, pero de matices suaves). **Las pasiones**, serían estados afectivos que participan en las características de las emociones y de los sentimientos en cuanto que poseen la intensidad de la emoción y la estabilidad del sentimiento. Es evidente que en los niños, hasta los dos años, lo que predomina son las emociones.

La mayoría de los autores afirman, que las emociones tienen un claro componente hereditario, sin embargo, las diferencias de salud, del medio familiar y del ambiente, producen variaciones en las manifestaciones individuales, tanto en la frecuencia e intensidad como en la duración de las diversas emociones. En la emoción influyen tanto elementos genéticos de maduración del individuo, como los elementos situacionales del aprendizaje.

Aunque las emociones-sentimientos están presentes al nacer, el desarrollo emocional se debe tanto a la acción de la maduración como a la del aprendizaje, operando estos dos componentes juntos y a la vez. El aprendizaje y la maduración están íntimamente entrelazados en las emociones-motivaciones-sentimientos-pasiones, resultado muchas veces difícil determinar lo que se debe a la maduración y lo que pertenece al aprendizaje, es decir, lo que es herencia (genético) y lo que pertenece al medio (adquirido).

Por tanto, es difícil conocer experimentalmente los determinantes genéticos de las emociones. En general se puede decir que no hay formas universales en las manifestaciones de las emociones. Primero son los factores **innatos** los que influyen, aunque son los factores **ambientales**, principalmente, los que determinan las diferencias o semejanzas de la expresión y manifestación de las emociones. Es decir, la forma peculiar y propia de vivenciar las emociones cada persona, depende de sus capacidades biológicas y psicológicas en interacción permanente con el medio sociocultural que le rodea. Además, el efecto de los factores genéticos y de los factores ambientales está mediatizado por la edad de cada individuo, por el sexo, la clase social, étnica, etc.

Las distintas emociones aparecen progresivamente a lo largo del desarrollo psicológico del niño y constituyen el vínculo entre los sentimientos, el carácter y los impulsos morales. La mayoría de las señales de casi todas las emociones básicas están presentes en la infancia. La capacidad de responder emocionalmente está presente en el recién nacido, como parte del proceso de desarrollo, y no necesita ser aprendida. Entre los seis y nueve meses de edad todas las emociones infantiles básicas se diferencian y distinguen entre sí. Antes de que el niño cumpla un año, son reconocibles expresiones emocionales semejantes a los estados emocionales de los adultos. A esta edad, las expresiones emocionales están bien organizadas y por tanto, son capaces de decirnos mucho sobre el estado interno del bebé. Parece que existe "una cierta programación evolutiva" aprendida en virtud de la cual los bebés adquieren la capacidad para desplegar emociones específicas relacionadas con los acontecimientos que les rodean.

### 3. FACTORES INFLUYENTES

Las influencias que el niño recibe desde el momento de su nacimiento van configurando su personalidad. La relación que establezca el niño con su entorno depende de sus características personales y de la actuación de los diversos agentes sociales, ya citados. En concreto me voy a detener en la familia, escuela y sociedad por ser los que más inciden. Las influencias de éstos agentes son básicas para que el sujeto alcance una estabilidad conductual y un nivel de madurez adecuado que le permita ser autónomo y responsable.

**a) La familia** proporciona lo que consideramos condiciones óptimas para el desarrollo de la personalidad de los individuos jóvenes. La familia es el primer contexto de desarrollo del niño y el más duradero, por supuesto, otros escenarios o contextos sociales también modelan el desarrollo de los niños, pero en cuanto al poder y a la extensión, ninguno iguala a la familia.

La familia constituye el medio natural en el que el niño comienza su vida e inicia su aprendizaje básico a través de los estímulos y de las vivencias que recibe, las cuales le condicionan profundamente a lo largo de toda su existencia; la estabilidad y equilibrio en su relación materna-paterna, así como con el resto de los miembros familiares, definen el clima afectivo, en el que transcurre la primera etapa de su vida.

Hoy muchos padres, queriendo adaptarse a las circunstancias de los tiempos y con el pretexto de no contrariar y frustrar a sus hijos, caen en el error de decir Sí a todo lo que éstos piden. Esta postura no deja de ser utópica y, por qué no decirlo, cómoda y con frecuencia sinónimo de egoísta por parte de los padres; estos padres son los típicos paternalistas o permisivos, que no se implican en nada, de las conductas de sus hijos, que les suponga algún tipo de esfuerzo. Su quehacer educativo es tan nefasto como el de los padres autoritarios e impositivos, con efectos muy negativos en sus hijos. Al contrariar a nuestros hijos -al cumplir con nuestra obligación de padres, de poner los límites que sean precisos a los reiterados caprichos de nuestros hijos- en alguna medida nos contrariamos a nosotros mismos y todo esto hay que hacerlo con cariño y esfuerzo y, por qué no decirlo, con sacrificio; estos padres son los padres democráticos, que se implican y se comprometen con el presente y el futuro de sus hijos.

Los hijos, de una forma o de otra, nos están exigiendo sobre todo que sepamos ser PADRES, que no renunciemos a nuestras responsabilidades. Nos piden que sepamos estar a la altura de las circunstancias cumpliendo con nuestra misión de ser PADRES, que es sinónimo de amor y donación hacia ellos y no ceder ingenua y egoístamente a sus pretensiones tan infantiles como superfluas e injustificadas.

Los padres debemos ser fieles a la misión que socialmente se nos ha encomendado, aunque en el cumplimiento de nuestras obligaciones muchas veces tengamos que hacer lo que no es popular: “no dejar hacer a nuestros hijos lo que quieran” porque eso es lo que se lleva... Nuestros hijos necesitan que les señalemos con precisión unos límites claros y precisos, aunque en principio, pueden estar en desacuerdo con nuestra postura, pero sin pasar mucho tiempo nos agradecerán todo el cariño que pusimos en ellos al ser honrados y actuar con limpieza y generosidad. Si hacemos esto sin desfallecer y sin ceder a las mil y una presión que sobre nosotros intentan ejercer las agencias manipuladoras del ocio, del tiempo libre prefabricado, comercial y lucrativo, nuestros hijos seguro que nos lo agradecerán; es más, la única forma de que se sientan orgullosos de sus padres es si les legamos esta claridad y limpieza de miras, mucho más que si les permitimos todo y en todo momento.

La armonía y el equilibrio familiar es la fuente permanente de armonía y seguridad en la vida de los hijos. De los padres, principalmente, aprende los “papeles” que tienen que desarro-

llar en la vida adulta, es más, el propio ambiente familiar es el contexto adecuado en el que el niño ensaya y experimenta los roles que tendrá que realizar cuando sea adulto. Los padres enseñan a sus hijos cómo y cuándo debe producirse el control de las emociones, sentimientos, etc. De una forma o de otra el desarrollo emocional está configurado por los hábitos sociales que se derivan de los valores de la cultura en la que vive la familia. Es decir, ayudan a sus hijos a tener una afectividad serena y segura o todo lo contrario, generando la “deprivación afectiva” (me ocuparé más tarde de este extremo) cuando falta la paz y la concordia en el hogar familiar.

Los psicólogos y psiquiatras aseguran que los brazos entrelazados de madres, padres e hijos son el fármaco que puede administrarse para garantizar la salud de los pequeños. Cogerle en brazos, acariciarle, acunarlo, etc. son los medios adecuados que dan lugar al inicio de la figura de apego que posteriormente facilitará sus relaciones interpersonales así como su armonía conductual.

**Apego:** El apego puede definirse como el conjunto de sentimientos asociados a las personas con los que se convive, que influyen en el sujeto transmitiéndole sentimientos de seguridad y bienestar, placer generados por la proximidad y contacto con ellos. Este vínculo afectivo se forma a lo largo del primer año de vida como resultado de la necesidad de vinculación afectiva que tiene el niño y de la conducta que pone en juego para satisfacer dicha necesidad así como del ofrecimiento de cuidado y atención específicos que le ofrece la madre o quien ocupa el rol materno. El apego que el niño tiene con sus padres y hermanos suele durar toda la vida y sirve de modelo para relacionarse con los demás niños (grupo de iguales), con la gente del barrio y con el resto de los adultos.

El vínculo afectivo sereno y estable hace que el niño desarrolle un modelo mental positivo y una conducta social adaptada y segura, lo cual influye en su desarrollo intelectual, primero sensomotriz y posteriormente representacional, (Cool et al., 1991); por otra parte la inestabilidad afectiva pueden llegar a bloquear el desarrollo cognitivo y generar problemas de conducta.

Los vínculos que se establecen entre lo afectivo y lo intelectual son tan estrechos que no es posible disociarlos. La influencia mutua es tan grande que se ha podido llegar a afirmar: de cómo desarrolle el niño sus primeros contactos afectivos depende en gran parte su desarrollo intelectual y su proceso de socialización (Piaget, Manco, Erickson).

Es necesario que el niño crezca en un ambiente de afecto y cariño, siempre que sea equilibrado, ya que un afecto excesivo y superprotector puede perjudicar su desarrollo psicológico tanto como la carencia de afecto.

Tan negativo es que los padres se opongan a las justas pretensiones de sus hijos, como que les permitan todo lo que quieran. Es decir, no se debe ser autoritario ni indulgente sin más. Los padres debemos marcar -más con nuestro ejemplo que con las palabras- la senda por la que pueden caminar nuestros hijos de forma segura y firme. Los hijos deben encontrar en las pautas de conducta de los padres y en su forma de vida un modelo con el que puedan identificarse e imitar o un espejo limpio en el que poder mirarse. Los padres y profesores constituyen el espejo en el que el niño y el adolescente se ven a sí mismos. Hemos dicho más con nuestro ejemplo que con las palabras, por aquello de que los niños no obedecen sino que imitan, y lógicamente imitan lo que ven hacer a sus padres y a los adultos en general.

En la educación del afecto hay que evitar dos extremos: “el amor desmedido” y “la educación excesivamente rígida”. El desarrollo armónico y el afecto equilibrado esta en contra tanto del "amor desmedido" propio de una educación paternalista y consentida, como de la crianza autoritaria de los padres excesivamente severos.

Cuando los **padres son muy indulgentes y mimosos** agobian a sus hijos con el regalo de excesivos caprichos o con demasiado cariño. Esta actuación hace que el niño se acostum-

bre a la idea de que siempre debe de ser así y no aprenderá jamás a esforzarse por algo que le cueste el más mínimo esfuerzo.

En efecto, el **niño mimoso**, encontrará serios problemas para su inserción en la escuela y en la relación con los "iguales", ya que sin el desarrollo de unas pautas sociales de convivencia y de comportamiento, que no han sido enseñadas por sus padres, se encontrará desamparado y no podrá enfrentarse a los conflictos de la comunidad escolar. No encontrará el lugar de privilegio del que ha disfrutado en el seno familiar.

La actitud contraria, la de los **padres excesivamente rígidos y severos**, con el pretexto de que sus hijos deben acostumbrarse a las dificultades y la dureza de la vida, son "duros" e impositivos, sin concesiones y sin afecto. Esta postura tampoco parece ser la orientación más adecuada, porque privamos a los niños de la posibilidad de descubrir la afectividad y la ternura (que sí existen), y a la larga, de aprender a amar.

**En el primer caso** (padres indulgentes), el niño pretenderá tener derecho a la satisfacción de todos sus caprichos y en cualquier momento, además, en la escuela es posible que tampoco ocupe un lugar central en la clase y, probablemente, por este motivo reaccionará con gran frustración, con rechazo de sus compañeros, retraimiento y aislamiento social; **en el segundo**, (padres autoritarios) podemos encontrar al niño-adolescente que sentirá que siempre intentan desposeerle de todo, la consecuencia que se puede deducir es que será un niño tímido y retraído o temeroso y huidizo. En un caso y en otro, por sus deseos insaciables y desmedidos de hacerse justicia, a su modo, entrará en contradicción y conflicto con su medio social. Los sentimientos sociales de cooperación, autonomía y solidaridad no serán desarrollados como una conveniente meta educativa, en ninguno de los dos casos.

De lo se trata es de no imponer nuestras ideas a lo más jóvenes sino de ayudarles a que formen las suyas. Ellos tienen que aprender a tomar sus propias decisiones y aceptar las consecuencias de las mismas. Sólo así están preparados para vivir socialmente y poder tomar parte, de forma crítica, solidaria y responsable, en la construcción de la sociedad de su tiempo.

Hablemos con nuestros hijos y alumnos indicándoles los porqués de nuestras obligaciones y/o prohibiciones, de la necesidad del respeto a la norma. El autoritarismo, las órdenes y los gritos no sirven, tenerles "en un puño" sólo contribuye a separarles de nosotros... justamente en el momento que más falta les hace que les entendamos y se sientan comprendidos y queridos.

A veces no se entienden ni ellos mismos, son jóvenes y no saben lo que quieren pero los adultos no debemos caer en el mismo error, debemos tratar de entenderlos. Entenderse con los padres o profesores y saber que pueden confiar en nosotros les ayudará mucho. Tenemos la obligación de ser más serenos y equilibrados que ellos para ayudarles a que sean serenos y equilibrados.

Nuestros hijos y alumnos van creciendo, "ya no son unos niños". Es decir, no necesitan tanta protección como nos creemos a veces. Deben ser capaces de enfrentarse solos a la vida y sino estarán indefensos ante los problemas del día a día. Nosotros no podemos ni debemos defenderles siempre, tienen que hacerlo ellos solos. La sobreproducción, la represión y la indiferencia les impedirán madurar y enfrentarse a los problemas. Debemos fomentar su propia responsabilidad e independencia.

Nuestro tiempo es lo mejor que podemos darles. Ningún programa de televisión es más importante. Debemos escucharles. Hablar con ellos aunque estemos cansados, aunque al principio no nos interesen sus asuntos. Debemos interesarnos por sus cosas. Debemos conseguir la confianza mutua, es lo que más puede ayudarles.

La familia es el lugar donde la personalidad del niño crece y se desarrolla armónicamente, si las circunstancias familiares y ambientales están equilibradas. El colegio es colaborador con la familia en la educación de sus hijos, pero nunca puede ni debe intentar sustituir ni desplazar a la familia

La relación familia-colegio en la educación de los niños hace que tanto una institución como otra tengan unos fines convergentes y comunes: alcanzar la mayor maduración posible de los niños, adolescentes y jóvenes, contribuyendo a transformar a éstos en los hombres y mujeres del mañana. Personas formadas tanto académica como humana, social, cultural... y religiosamente.

Educar, hacer de estos niños unas personas maduras no es fácil, he afirmado antes. En ocasiones los padres se sienten un tanto desconcertados y se preguntan: ¿Qué hacer con nuestros hijos? La respuesta es obvia y evidente, los padres deben conseguir que:

- El niño-joven descubra que es capaz de ser AMADO
- El niño-joven descubra que es capaz, que VALE.

-Todo niño-joven nace con unas determinadas posibilidades biológicas, psicológicas y sociales. Que alcance la meta y el desarrollo de esas posibilidades depende del clima y ACEPTACION AFECTIVA que sienta en el medio que le rodea.

La influencia y la valoración personal que los padres hagan del proceso educativo juegan un papel importantísimo en la actitud que el niño-adolescente adopte respecto de la escuela. El clima sereno y equilibrado condiciona, y casi determina, la socialización infantil, facilitando la receptividad y adaptación del niño en su proceso de escolarización.

**b) La escuela** influye en el desarrollo integral del niño, ya que no sólo interviene en la transmisión del saber científico, culturalmente organizado, sino que influye en la socialización e individualización del niño, desarrollando las relaciones afectivas, la habilidad para participar en las situaciones sociales (juegos, trabajos en grupo, etc.), las destrezas de comunicación, las conductas presociales y la propia identidad personal. Respecto a la identidad personal el niño cuando entra en la escuela viene acompañado de un grupo de experiencias previas que le permiten tener un concepto de si mismo que se va a encontrar reafirmado o no por el concepto que los demás van a tener de él, lo que supondrá una ampliación de su mundo de relaciones.

En el desarrollo afectivo-social del niño, la escuela y los compañeros ocupan un lugar muy importante. El comportamiento del niño está influenciado por el tipo de relaciones que tiene con "sus iguales". El lugar que ocupa en clase y las calificaciones que obtenga son indicadores de su posición con respecto a sus compañeros, cuando se siente aceptado, el sujeto reafirma su autoestima y autoconcepto, por el contrario, cuando existe rechazo, infravalora su propia estima.

Ser querido-aceptado o no querido-rechazado condiciona nuestra vida, en los niños y en los adultos. Sí soy aceptado, me siento seguro y mi autoconcepto es positivo. Si soy rechazado, no aceptado, me siento inseguro y dudo de mis posibilidades y capacidades. El vínculo afectivo equilibrado y estable hace que el niño-adolescente desarrolle un modelo mental positivo y una conducta social-emocional adaptada.

Los alumnos con alguna "dificultad educativa" pueden desarrollar sentimientos de inadaptación, así como los alumnos brillantes que consiguen todas las metas sin demasiados esfuerzos pueden desarrollar actitudes negativas hacia la autoridad y de intolerancia hacia sus compañeros, lo que les hace impopulares y en algunos casos, rechazados, pero en general los

alumnos con buenas calificaciones y que son aceptados por sus compañeros, son felices en la escuela y tienen un autoconcepto favorable. (Hurlock, 1982 y Genovard, 1987).

Cuando el niño asiste a la escuela, por primera vez (de 3 a 6 años) amplía los contextos de socialización externos al hogar pero sin que desaparezca la influencia de los padres sobre la autoestima, motivación, etc. y sobre el comportamiento general del niño. En esta nueva etapa y a lo largo de todos los años de su estancia en la escuela el niño trata y conoce nuevos compañeros que se añaden al número de figuras de apego ya consolidadas, evitando caer en la familia nuclear.

El paso de la escuela infantil a la escuela primaria plantea nuevos retos, supone el paso de un proceso de enseñanza no estructurado a uno de conocimientos sistematizados, horarios menos flexibles, disminución de la libertad y evaluación del rendimiento del alumno (Greenfield y Leuve, 1982).

Además de configurar el autoconcepto y la autoestima, la escuela contribuye a desarrollar la capacidad intelectual del niño. En esta etapa comenzará a recibir evaluaciones de sus maestros, de sus compañeros y de sus padres, de acuerdo a sus disposiciones naturales y a su rendimiento, dicha evaluación influirá en su autoconcepto y en la forma de percibir su propio proceso de aprendizaje, lo que contribuirá a mejorar o a dificultar dicho rendimiento. En esta etapa en el niño se va desarrollando el pensamiento y las capacidades intelectuales básicas.

Desde los 6 años, las relaciones con otros niños aumentan y se consolidan; así se van formando las "sociedades" infantiles que son clave en el desarrollo de la autonomía infantil. Los padres y educadores deben fomentar dichas relaciones, nunca inhibirlas para no interferir en su consecución. Entre los 8 y 11 años pueden comenzar a manifestarse algunos trastornos de la vida afectiva y lo hacen a través de dificultades de aprendizaje. Niños que hasta el momento han mantenido un ritmo académico satisfactorio empiezan a cambiar, sus calificaciones se resienten sin motivo aparente que lo justifique.

La vida afectiva del preadolescente se caracteriza por un afán de emancipación, independencia y libertad, ya no es un niño y no quiere que se le trate como tal, quiere hacer lo que le agrada sin que nadie le diga lo que tiene que hacer. Este afán de independencia y autodeterminación es la raíz de una serie de formas de comportamiento que han llevado a designar a este estadio como "segunda edad de obstinación". A consecuencia de esto, la unión con la familia es menor, se sublevan ante todo lo que representa sujeción y tutela, en casa se comportan de forma extraña, no quieren salir con sus padres y se avergüenzan de ellos, los critican y se inicia un distanciamiento comunicativo, pero al mismo tiempo tienen sentimientos contradictorios, saben que dependen de ellos y que los necesitan pero su deseo de libertad e independencia es más fuerte y eso les lleva a verles como "controladores de su vida".

En la adolescencia los intercambios e interacciones sociales se amplían de forma extraordinaria, a la vez que continúa debilitándose la referencia a lo familiar. Las figuras de apego de la etapa infantil se debilitan. Según va adquiriendo autonomía personal el sujeto va emancipándose de su familia, dicha emancipación se produce de forma diferente de unos sujetos a otros. Paralelamente a la emancipación familiar del adolescente, va estableciendo lazos más estrechos con el grupo de compañeros, primero la pandilla de un solo sexo, más tarde la pandilla de ambos sexos, la fase final se caracteriza por la disgregación de dicha pandilla dando paso a la consolidación de relaciones entre parejas que poco a poco se desligarán del grupo.

Si a los cambios evolutivos, le añadimos problemas carenciales, ambientales-familiares, los niños-adolescentes buscan un padre o una madre ideales, pero no suelen encontrar esa figura y... viene la decepción, entonces el profesor puede convertirse en ese ideal que no han encontrado en el hogar familiar. El profesor debe comprender la situación y no rechazar esa relación pero debe saber actuar para que no exista confusión en el niño respecto a los roles que

cada uno representa, debe ser consejero, orientador, educador, servirle de apoyo, etc. pero nunca debe intentar "suplir" la figura del padre o de la madre. Siempre debe contar con los padres y hacerles participar en el proceso educativo de sus hijos para evitar intervenciones, de la escuela y de la familia, opuestas y contraproducentes. Actuando así, ambas instituciones contribuirán a mejorar el desarrollo intelectual, afectivo y social del niño.

En el enriquecimiento de la identidad personal podemos decir que intervienen varios factores: la imagen positiva de uno mismo, los sentimientos de autoestima, autoeficacia y autoconfianza, las experiencias personales de éxito o de fracaso, los resultados de los aprendizajes, las valoraciones, comentarios, informaciones y calificaciones que recibe el niño de los demás en el contexto escolar, las percepciones que tiene de los demás ante su conducta, la valoración que el niño hace de si mismo -en que medida se considera capaz, valioso y significativo- etc. Todo ello contribuye a la formación de una identidad personal que va regulando y determinando la conducta del niño.

**c) Seres sociables,** el niño es un ser social desde el momento de su nacimiento, necesita de los demás para resolver sus necesidades básicas, entre estas necesidades, como estoy comentando a lo largo de esta exposición, se encuentra el desarrollo de la afectividad.

La educación informal, utiliza como vehículos apropiados para alcanzar sus objetivos, entre otros instrumentos, los poderosos medios de comunicación social o de masas desde donde lanza un continuo bombardeo de "exhortaciones y mensajes" siendo el "blanco" preferido de esas "orquestradas campañas publicitarias" los más jóvenes porque son los que más fácilmente asimilan el contenido de sus "recetas" populistas y los reclamos que ofrecen esos ocios tan tediosos como consumistas.

La escuela tradicional no debe dar "la espalda" a esta realidad sino que debe ser consciente de la poderosa fuerza que hoy tiene la educación informal y en consecuencia debe integrar en sus programas cuanto de valido, que es mucho, hay en los contextos socioculturales, ambientales, afectivo emocionales, etc. y en los medios de comunicación social y preparar a sus alumnos para el uso adecuado y constructivo de los mismos. De tal forma que los medios de comunicación social (MCS) puedan convertirse en medios de información y formación de masas y no en MANIPULADORES DE MASAS.

Desde la educación formal, propiciada por la escuela, se debe educar a las jóvenes generaciones para su incorporación feliz al mundo del trabajo, del ocio y del tiempo libre (cada vez mas abundante), para que la educación informal contribuya a desarrollar y completar su educación y formación y no a incitarle al consumo, al ocio tedioso y al "tiempo libre" esclavizador.

La relación que el niño establece con su entorno no es algo pasivo sino que está basada en la transmisión de su modo peculiar de actuar y pensar, es decir, de su propia individualidad, frente al grupo en el que se desenvuelve; pero a su vez, dicho grupo le influye en la adquisición de una serie de actitudes (responsabilidad, solidaridad, toma de decisión, etc.) que determinan su conducta y sus relaciones con los demás miembros del grupo. Según va satisfaciendo sus necesidades biológicas, psíquicas, sociales, culturales, etc. el niño se va motivando para incorporarse de forma efectiva al grupo, estableciendo una serie de relaciones interpersonales-conductuales, tan necesarias para él como para el grupo.

Esta interacción culminará en el momento en que dicho grupo le transmita su bagaje cultural acumulado a lo largo de todo el desarrollo histórico de la especie humana, dicha transmisión implica valores, normas, asignaciones de roles, enseñanza del lenguaje, destrezas, contenidos, etc.

La forma de actuar de los distintos agentes depende de factores contextuales, tales como el país, zona geográfica en donde el niño nace y vive, así como factores personales como son

las aptitudes biológicas, físicas, psicológicas, etc.; asimismo los vínculos afectivos que el niño establece con los padres, hermanos, amigos... son la base de su desarrollo social, cultural, psíquico... personal. Por tanto, el apego –afinidad afectiva y empatía- que el niño desarrolla con las personas que le son más cercanas, mediatiza los distintos tipos de desarrollo en los que el niño-adolescente está implicado. El proceso de socialización lleva implícito el aprender a evitar conductas consideradas como perjudiciales y por el contrario adquirir determinadas habilidades sociales. Para ello es necesario que el sujeto se encuentre motivado para comportarse de forma adecuada y desarrolle una conducta de autocontrol, respondiendo de forma positiva a las expectativas del grupo.

Los padres en particular y la sociedad de forma generalizada, a través de las influencias culturales y las pautas sociales, van configurando el desarrollo emocional, el mundo afectivo y de los sentimientos de los niños, al prescribir los tipos de emociones que son permitidas, las que son toleradas, las que son rechazadas y las que cada sociedad desea que adquieran las generaciones más jóvenes bajo la presión y control de las generaciones adultas. Algunas culturas, por ejemplo, destacan la necesidad de calmar a los niños cuando están angustiados, otras les dejan llorar; algunas culturas consideran necesario un contacto casi continuo entre la madre y el bebé, mientras que otras promueven la separación, etc. De una forma o de otra el desarrollo emocional-afectivo-social está configurado por los hábitos sociales que se derivan de los valores de la cultura en la que vive la familia.

Puesto que la influencia de los padres es incuestionable y es muy intensa, hay que indicar que las posturas que adopten los padres inciden directamente en las relaciones de sus hijos con los compañeros, dependiendo de cómo hagan el seguimiento de las actividades del adolescente y según el grado de flexibilidad que tengan para acomodarse a las necesidades y aspiraciones del joven, que cambian constantemente. Este planteamiento es una cuestión básica, los padres deben flexibilizar su postura y en la medida de lo posible adecuarse a los requerimientos justos de sus hijos (no a sus caprichosos superfluos e injustificados). Los padres deben señalar los límites precisos, con autoridad SÍ, pero NO con autoritarismo ni con paternalismos. Cuando los padres ceden en su autoridad, y van confiando en la incipiente autonomía de sus hijos, les está dando apoyo para que alcancen su identidad plena; los padres impositivos o negligentes, seguramente observarán que sus hijos cada vez son más inmaduros, pero es que ellos son la causa de esta lamentable situación. En efecto, cuando los padres reconocen la creciente madurez de su hijo adolescente y, en consecuencia democratizan más la toma de decisiones en familia, su hijo probablemente considerará que las experiencias del hogar y las de sus compañeros se apoyan mutuamente en lugar de entrar en contradicción.

De forma generalizada, se puede decir que los adolescentes que tienen buena relación con los amigos, en general, también tienen buenas relaciones con los padres y la mayoría de los adolescentes necesitan de ambos para realizar una transición sana hacia la vida adulta.

#### **4. DEPRIVACIÓN AFECTIVA.**

##### **a) CAUSAS**

Cuando el niño no ha establecido un vínculo afectivo sereno y estable, cuando no ha logrado el clima afectivo adecuado; cuando el adolescente no ha desarrollado un apego de seguridad... y la escuela no ha sido capaz de ayudar al niño, al adolescente o al joven a superar las carencias ambientales y familiares, llega la privación afectiva. El niño-adolescente-joven se siente no querido, no aceptado e inseguro. En estas circunstancias su comportamiento suele degenerar en conductas social y emocionalmente conflictivas e inadecuadas.

La privación emocional no significa que el niño esté privado de toda experiencia emocional, sería imposible y desde luego indeseable. Significa que el niño es privado de experimentar

cantidades razonables de emociones placenteras, especialmente curiosidad, alegría, felicidad, amor y afecto. Es decir no recibe ni la cantidad ni la calidad de afecto y cariño necesario y lo que es más importante, ni a su debido tiempo

El niño necesita experimentar el afecto de sus padres, **ESTO ES EVIDENTE**, es el modo de adquirir su autoestima y la seguridad necesaria que le permita alcanzar su autonomía personal, pero no siempre ocurre así. La privación afectiva padecida durante la infancia puede dar lugar a numerosos trastornos psicológicos y psicopatológicos que se manifiestan a lo largo de la propia infancia, a veces a la llegada de la adolescencia, pudiendo persistir en la edad adulta.

La gravedad de esta situación depende del momento (edad del niño) en que se produzca la privación, del tiempo que dura, del tipo de emoción de la que es privado y de otros muchos factores. El momento en el que se produce la privación afectiva es importante. Durante el primer año produce un estado de depresión general. El momento crítico es desde los seis meses a los dos-tres años, a partir de los cinco años los efectos son menores.

Especial importancia merece la relación madre-hijo y la seguridad afectiva que ésta le trasmite. La separación y privación de la madre, sino se le proporciona una madre sustituta, lleva al niño a la situación de privación afectiva.

La situación de privación afectiva es muy frecuente en los niños que han sido “puestos bajo el cuidado y atención de **INSTITUCIONES**”. Atendidos o tutelados por personas que no les muestran afecto, su desarrollo se resiente pudiendo llegar a ser hostiles, desobedientes, etc. e incluso al **síndrome del hospitalismo**.

Estos efectos psicológicos-afectivos quedan amainados, en gran parte, si al niño se le proporciona un sustituto satisfactorio de la fuente original de satisfacción emocional: la madre. A los niños que se les proporciona una madre sustituta, que les proporciona afectividad equilibrada, reaccionan con normalidad en su desarrollo. Este tipo de niño, así atendido, no sufre de privación afectiva.

Para que esto no suceda es fundamental que desde los primeros meses de la vida del niño se desarrolle de forma armónica una figura de apego, que va a ser la destinada a desarrollar su afectividad y socialización mediante la interiorización de valores, normas y conductas que marcan su comportamiento y su personalidad. Es decir, son los padres, hermanos y otros familiares los que le transmiten seguridad, bienestar, placer...o todo lo contrario (inseguridad, desorientación espacio-temporal, poca tolerancia a la frustración...) cuando el niño se encuentra con carencias afectivas.

Cuando a la situación de privación afectiva la acompañan malos tratos (en realidad, los trastornos afectivos, son **UNA FORMA MÁS DE MALTRATO INFANTIL**, aunque socialmente no se la quiera ver así) causados por los padres o por las personas que tienen la custodia del niño, lo más probable es que se desarrolle una personalidad psicópata, a través de la cual el niño reclama el afecto que necesita, mediante conductas inadecuadas, estableciéndose incluso, un patrón de conductas contradictorias.

Las carencias y/o trastornos afectivos pueden ser causados por diversas situaciones conflictivas que se originan en casa, escuela, amigos, etc. En ocasiones la falta de afecto procede de la falta de atención de los padres en las primeras etapas infantiles o de un ambiente familiar deteriorado, con frecuentes disputas de los padres delante de los hijos, u otros motivos, tales como: los padres severos o moralistas que provocan constantes crisis o estados continuos de ansiedad o padres muy tolerantes cuyos hijos no están sujetos a normas o puntos de referencia para un comportamiento correcto, etc. La privación afectiva se vive, a veces por la relación que se establece con el resto de los hermanos, cuando el niño se siente relegado a un segundo

plano, con la sensación de que los demás son los preferidos de sus padres. En todos estos casos, su personalidad y sus relaciones sociales se verán afectadas negativamente.

Otras posibles causas que originan estos trastornos o carencia afectiva o privación afectiva, según la Memoria de la Comunidad de Madrid, son: las familias carenciales, desestructuradas o en grave situación de deterioro, familias que se encuentran incapacitadas temporalmente para atender a sus hijos, familias incompletas con dificultades; o cuando se produce la ruptura del núcleo familiar (separación, divorcio...), abandono, falta de atención, características culturales de la familia así como la situación económica, etc. Si algunos de los progenitores poseen algún trastorno psicopatológico del tipo alcoholismo, drogadicción... el niño puede sufrir agresiones o malos tratos con lo que el problema se agrava mucho más.

Las conductas problemáticas-conflictivas, en términos generales, aparece en el hogar familiar motivada por alguna de las causas apuntadas, pero donde suelen manifestarse y evidenciarse con mayor claridad es en el aula escolar. La institución escolar, aunque también es causa generadora de tensiones y conflictos en las conductas de sus alumnos, no es la causa más importante, esta ésta es la institución familiar.

En esta situación, la niñez-adolescencia siempre opera como representante y portadora de los primeros signos de malestar familiar, social y personal. Son los hijos los primeros que sufren y anuncian los problemas que existen en cualquier hogar familiar. Esto es así porque los jóvenes y/o menores son el sector más vulnerable de los grupos familiares y de la sociedad, considerándose las principales víctimas, las más desprotegidas y por consiguiente, las más afectadas del circuito de la violencia familiar.

Cualquiera que sea la causa de la privación de afecto, causa daño al niño. Los niños de corta edad con esta privación suelen sufrir retraso en su desarrollo físico y mental, los cuales van acompañados de efectos específicos, tales como inquietud al principio, lloros y rabietas; después apatía general, indiferencia, falta de apetito y enfermedades psicosomáticas... llegando a padecer el **síndrome del hospitalismo** del que habla Spiz. Según este autor, sino se toman las medidas adecuadas tendentes a ayudar al niño a superar esta situación, los niños que sufren la privación afectiva (separación prolongada de la madre, falta de afecto, etc.) **pueden llegar a morir.**

Sin llegar al síndrome del hospitalismo, al retraso en el desarrollo físico le acompaña retraso en el desarrollo del lenguaje y en el desarrollo mental, el niño (en esta situación) no tiene capacidad de concentración.

## **b) CONSECUENCIAS**

Los trastornos pueden agruparse en dos grandes bloques denominados externalización e internalización. El primero hace referencia a conductas cuyas consecuencias las sufre el ambiente: comportamientos agresivos, hiperactivas, delictivas y problemas sexuales. En el segundo se integran conductas neuróticas, esquizoides y obsesivas cuya primera víctima es el propio sujeto.

Los sujetos que sufren esta situación desarrollan un perfil de inmadurez que les provoca alteraciones comportamentales y dificultades de aprendizaje, cuyas características (por citar solo algunas de ellas) serían entre otras, las siguientes:

Trastornos emocionales, que están relacionados con la inestabilidad social y psicológica, presentando rasgos tales como: tensión nerviosa, falta de concentración, irritabilidad o cambios frecuentes de humor. Bajo rendimiento académico, desarrollo evolutivo inadecuado, desajustes en la personalidad, baja motivación, conducta inestable, e incluso, a veces antisocial y agresiva.

va, hiperactividad, retraimiento, inmadurez, que dificultan el establecimiento de relaciones interpersonales

Desconocimiento de uno mismo, lo que induce a emprender empresas imposibles y a no arriesgarse cuando tiene posibilidad de éxito ya que desconoce su capacidad para actuar y sus limitaciones. Falta de madurez intelectual, el sujeto inmaduro es incapaz de procesar la información y desarrollar un aprendizaje significativo con el fin de enriquecer sus estructuras cognitivas y dar respuestas válidas, coherentes y eficaces

Inestabilidad emocional que se manifiesta en cambios bruscos de estado de ánimo. El inmaduro es desigual, variable, irregular, sus sentimientos cambian con tanta facilidad que no se sabe nunca como actuar con ellos. Mala percepción de la realidad lo que le lleva a desarrollar conductas de inadaptación tanto a nivel personal como a nivel social. Llegando a padecer trastornos psicossomáticos que se manifiestan, por ejemplo, en seguir "mojando la cama" en adolescentes de más de 16 años de edad, trastornos en el crecimiento y un largo etc.

Ausencias de proyecto de vida, sobre el amor, el trabajo, la cultura, etc. lo que le lleva a actuar de forma superficial sin metas, sin modelos, sin valores. Falta de madurez intelectual, el sujeto inmaduro es incapaz de procesar la información y desarrollar un aprendizaje significativo con el fin de enriquecer sus estructuras cognitivas y dar respuestas válidas, coherentes y eficaces.

Socialmente los niños que han sido privados de amor sufren desventajas cuando han de portarse en grupo, falta de asertividad ante los demás, tienen a ser poco cooperativos y hostiles, muestran resentimientos con agresividad, son desobedientes y otras formas de conductas asociales. Su comportamiento social se puede decir que es como si estuviera buscando llamar la atención de los demás. Suelen volverse dependientes en lugar de independientes en su conducta.

Todas estas reacciones emocionales y sociales desfavorables afectan de modo negativo a la personalidad del niño en desarrollo. El rechazo que siente el niño puede hacerle neurótico o con síntomas psicossomáticos... y llegar a la inadaptación social, a la predelinquencia y delincuencia juvenil.

El desarrollo neurótico de la personalidad es un trastorno muy relacionado con la inseguridad en si mismo que originan muchas veces las vivencias de privación afectiva, cuando se acumula de forma continua puede perdurar en la vida adulta en forma de **síndromes neuróticos**.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

AICHHORN, A (2006): Juventud desamparada. Gedisa, Barcelona.

ALCÁNTA, E (2001): Menores con conducta antisocial, México, Editorial Porrúa

BANDURA, A. y WALTERS, R. (1974): Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad. Afianza Editorial, Madrid

BARANDICA ORTIZ, A, et al, (2000): Necesidades educativas de madres y padres de adolescentes en conflicto social. Pamplona: Gobierno de Navarra, Departamento de Bienestar Social

CABALLERO, M.A. (2008). Técnicas y actividades para trabajar con menores en situación de riesgo e infractores. Granada: GEU.

- CEREZO JIMÉNEZ, M.A. (1995) El impacto psicológico del maltrato; primera infancia y edad escolar. Infancia y sociedad. Madrid.
- FRANCO ROYO, T. (1988) Vida afectiva y educación infantil. Madrid. Narcea.
- GALINDO, E. y otros (1984): Modificación de conducta en la educación especial. Trillas, México
- GONZALEZ, E. (Coordinador), (2002): Menores en desamparo y conflicto social. Intervención psicoeducativa. CCS., Madrid
- GONZALEZ, E. y BUENO J.A. (Cords), (2003): Psicología de la Educación y del desarrollo en la edad escolar.
- GONZALEZ, E. (Coordinador), (2004): Necesidades educativas específicas. Estrategias de intervención. Madrid, CCS.
- GONZALEZ, E. (2005): Padres, hijos y amigos. La educación del adolescente. Madrid, CCS
- GONZALEZ, E. (2007): Aprendizajes y diversidad educativa. CCS, Madrid
- GONZALEZ, J. (1995): Educar y prevenir desde la calle. Madrid, C.C.S.
- GONZALEZ-PEREZ, J. y CRIADO DEL POZO, M. J. (2004): Educar en la no-violencia: enfoques y estrategias de intervención. Madrid, CCS.
- LOPEZ, F. et al (2001): Desarrollo afectivo y social. Pirámide, Madrid
- REYMOND-RIVIÉR, E. (1977): El desarrollo social del niño y del adolescente, Herder.Barcelona
- SPITZ, R. (1958): Le première année de la vie de l'enfant. P.U.F.